

¿COMO PREDICAR LA CRUZ EN UNA SOCIEDAD DE CRUCIFICADOS?

Hoy como siempre no resulta fácil hablar con autenticidad de la cruz y de la muerte; menos aún cuando éstas son producidas por unos grupos humanos contra otros indefensos. Dicho de otro modo, ¿cómo hablar hoy de cruz y de muerte en unas sociedades que están llenas de crucificados y asesinados? ¿no es este «hablan alienante y evasivo? En el artículo, el autor señala unas líneas de lenguaje teológico sobre la cruz y la muerte, que, lejos de resultar «opio», si se toman con seriedad, tienen una fuerza dinamizadora que lleva al compromiso y al trabajo en favor de la vida.

Como Pregar a Cruz Hoje numa Sociedade de Crucificados? Revista Eclesiástica Brasileira, 44 (1984) 58-72

1.El supremo arte teológico: saber hablar de la cruz y de la muerte

La piedad y la homilética usuales son un vivo ejemplo del peligro de manipulación ideológica de estos temas, reduciéndolos a una justificación de la humillación o a un dolorismo, desmovilizadores en la lucha contra los mecanismos productores del dolor y de la cruz.

Esta ambigüedad es inherente a la muerte y a la cruz. Pues, por una parte, la muerte es el final inocente de una creación finita y mortal; pero por otra, es una maldición y un castigo (Gn 2,17; Ga 3,13) como consecuencia del pecado (Rm 5,12; 1 Co 15,21-22). Igualmente es doble la perspectiva de la cruz. Por un lado es un suplicio propio de delincuentes políticos, que aplicado a un inocente, es un crimen auténtico. Por otro, es el símbolo más poderoso de la redención de Cristo y de la bondad del padre.

No es fácil hablar de la muerte y la cruz de forma que aparezca su doble carácter de negación del proyecto de Dios y, a la vez, de precio a pagar por la realización de este proyecto en las condiciones de una historia corrompida. Aceptamos el desafío de elaborar los diversos niveles de sentido de la cruz y la muerte, articulándolos con claridad a fin de recuperar su significado de sacrificio y solidaridad.

Habrá que ser muy preciso en la expresión ya que la propia fe rechaza toda posible ambigüedad en el uso del nombre de Dios o de los símbolos de su misericordia para legitimar situaciones que nieguen su voluntad o encubran el afán de dominio de los poderosos. Expondremos algunas proposiciones básicas.

2. Cruz y muerte inocentes, afrontadas como la suprema expresión posible de lo humano

La vida es ontológicamente mortal. Es decir, la muerte no constituye su episodio final, sino que se instala en el mismo corazón de la existencia. Desgastamos las energías vitales hasta el momento final. Morimos no porque alguien nos mate sino porque la muerte es huésped de nuestra estructura. Esta condición se manifiesta en la finitud de

todas las expectativas humanas que se traduce en un sentimiento de angustia como patrimonio de la común condición humana.

Esta mortalidad natural se transforma en cruz existencial cuando se experimenta lo limitado de las realizaciones frente a lo ilimitado del deseo. El misterio de la vida consiste en el desequilibrio ontológico de sentirse llamado al infinito dentro de una estructura finita.

Jesús participó de esta estructura humana: "murió no sólo porque los hombres matamos, sino porque los hombres morimos".

Predicar la cruz a este nivel significa animar a asumir libremente la propia existencia mortal sin amargura y renunciar a toda prepotencia o dogmatismo. Dios nos quiso así. Hay que tener paciencia histórica, la alegría de lo provisorio, una cierta actitud de despedida de las cosas, porque nada hay absoluto en el tiempo, excepto Dios mismo. El último momento es el de la soledad suprema con nosotros y con Dios. El proceso de la muerte nos saca de nosotros mismos y nos lleva al corazón de Dios. Es un acto supremo de amor y de libertad que ofrece la oportunidad máxima de la hominización. Vivir no es pues caminar hacia la muerte sino peregrinar hacia Dios.

No se puede, pues, predicar la cruz y la muerte como un fracaso biológico o un drama personal. Hay que acentuar el futuro que se abre al fin de la vida. Como decían los antiguos: el hombre nunca muere, nace dos veces. Nace cuando abandona el claustro materno y recibe a los demás compañeros de viaje, las estrellas y el mundo. Y nace cuando deja esta placenta cósmica y se abre a la eternidad. La muerte no es la tragedia de la pérdida de lo que queda atrás sino una bendición: ganar una vida más plena y vigorosa.

3. Cruz y, muerte angustiosas, sufridas como estigma de pecado

A pesar de ser estructura de la vida, no se vive la muerte con naturalidad, sino como una opresión a la naturaleza. La muerte adquiere el rostro de un fantasma amenazador de nuestro proyecto vital y la angustia ontológica se transforma en miedo y pavor. San Pablo afirma que esta muerte fue introducida por el pecado (Rm 5,12). El pecado no sólo corta el cordón umbilical que vincula el hombre a Dios, sino que le escinde y afecta a su identidad interior.

Jesús de Nazaret compartió esta situación. Enfrentó la muerte entre "clamores y lágrimas" (Hb 5,7) y llegó a sudar "como gruesas gotas de sangre" (Lc. 22,44). La ascensión por parte de Jesús de nuestra humanidad rota, le vincula a nuestras angustias. La reflexión neotestamentaria afirma que cargó "como un cordero, el pecado del mundo" (Jn 1,29) y Pablo radicaliza esa solidaridad al decir provocativamente que Jesús "fue hecho pecado" (2 Co 5,21) e incluso "maldición" (Ga 3,13). La soledad natural de la muerte que es paso al encuentro con la fuente de la vida, se convierte en abandono y desamparo abismal. Por eso Jesús exclama en la cruz en solidaridad con los pecadores: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15,34).

La angustia de la muerte puede ser superada por la fe y el seguimiento de Jesús, que asimila de tal manera el proyecto de Dios que exorciza a la muerte y su horror. La

muerte se convierte en hermana que nos introduce la vida eterna. También en esta vía de fe y confianza Jesús fue modelo cumplido. En su angustia mortal proclama "Abba, Padre... no se cumpla mi voluntad, sino la tuya" (Mc 14,36) y expresa confiado: "Padre, en tus manos entrego mi espíritu" (Lc 23,46).

La predicación de la muerte y la cruz han de subrayar la realidad de la condición pecadora que en ellas revela su trágico rostro de abandono y soledad. Acoger esta situación histórica con la conciencia de la apertura a la misericordia divina nos asocia a los pecadores de la historia, nos incorpora al acto de solidaridad de Cristo y nos ayuda a la redención del propio pecado. En compañía de la soledad de Cristo, el silencio de Dios para los creyentes deja de ser el silencio del abandono.

Por otra parte no podemos predicar la muerte y la cruz como si su aspecto maldito fuera la palabra definitiva sobre la vida. La fe, al alumbrar un hombre nuevo, integra a la muerte en el fenómeno más poderoso de la vida. Pablo, en la carta a los Romanos, articula genialmente los dos regímenes: pecado-gracia; muerte-vida, subrayando siempre la subordinación del pecado a la gracia y de la muerte a la vida en apertura a la confianza: "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia; así lo mismo que el pecado reinó en la muerte, así también reinará la gracia en virtud de la justicia para vida eterna por Jesucristo nuestro Señor" (Rm 5,20-21).

4. Cruz y muerte, como crimen a ser denunciado y condenado

La presencia y la fuerza destructora del pecado se manifiestan en las mil cruces que los hombres levantan para sus hermanos y que son abominables a los ojos de Dios. Existen las cruces persistentes de las culturas dominadas de los negros o los indígenas latinoamericanos que significaron auténticas hecatombes demográficas. Existen millones de cruces de los salarios de hambre, de las condiciones laborales inicuas, de las discriminaciones raciales, sexuales, ideológicas y de cualquier forma de marginación.

Jesús en su práctica y en sus palabras privilegió a todos estos excluidos. La liberación del Reino empieza por los oprimidos, los enfermos, los amenazados (Lc 4,17-21; Mt 11,2-6). El Jesús histórico optó preferencialmente por los más necesitados, y se enfrentó a las injusticias del mundo que contradicen los designios de Dios y al vencerlas ofreció una señal de la implantación del Reino entre los hombres. Por eso ataca a los responsables. Su acción se orienta a robustecer las bases de la liberación estableciendo unas relaciones sociales no fundadas en los intereses o el poder, sino en la acogida de todos, incluso de los enemigos (Lc 6,35-36).

En este contexto, predicar la cruz significa un anuncio y una denuncia.

Un *anuncio* del juicio de Dios sobre el orden y el equilibrio social presente como dominación y abuso del poder, incluso del estado, contra las clases dominadas. Una *denuncia* de la riqueza como acumulación sustraída a amplias capas y de la pobreza como proceso de despojo.

A veces los cristianos han de ser más profetas que pastores. El pastor tiende a la medición, al equilibrio de tensiones, a socorrer a los golpeados y a procurar que el fuerte no aplaste al débil. El profeta vive de dos fidelidades radicales: a Dios, en nombre

de quien anuncia y denuncia, y a los pobres, a quienes presta su voz. El profeta lucha con los lobos, denuncia sus engaños aunque escueza como la sal en una herida abierta. Los obispos no son sólo pastores sino también profetas.

No han de limitarse a anunciar sólo la verdad de Dios, de Cristo, de la iglesia y de los hombres, sino también la verdad de la pobreza, de la expropiación de muchos y de la impostura de los regímenes autoritarios y represores. Hay que denunciar las cruces de los pequeños porque Dios las abomina, Cristo lucha contra ellas y la sensibilidad humana las rechaza.

Al predicar la cruz y la muerte hay que evitar el fatalismo, que las presenta, a veces involuntariamente, como realidades inevitables e ineludibles. El entramado de la historia estaría tejido por sufrimiento y muerte. La perversidad del fatalismo reside en su abstracción e insensibilidad, en no distinguir las derivadas de la finitud de las evitables y en circunscribir la historia a la repetición monótona y reiterada de un esfuerzo impotente. Generalmente los poderosos alientan esta concepción porque perpetúa una situación que les favorece e impide que los pobres se conviertan en actores de un destino más digno.

Otra expresión legitimadora de la cruz y la muerte que hay que evitar es el cinismo. El cínico es duro de corazón y enemigo de su propia humanidad. A diferencia del pesimista que no cree posible superar las formas inhumanas de relación, el cínico se burla de quien lo cree. Tergiversa incluso el sentido de frases bíblicas para desarmar los ímpetus liberadores. Una sentencia como la de Juan "pobres los tendréis siempre con vosotros" (Jn 12,8), que manifiesta un reto perpetuo de interés por el necesitado, se convierte en sus labios en freno de toda liberación.

Finalmente no deja de prestarse al equívoco la exaltación de la muerte y la cruz como fuentes de vida. Se repite sin matizar "sin efusión de sangre no hay redención" (Hb 9,22); que la muerte es necesaria para la vida; que el sufrimiento es agradable a Dios; o que el Padre en su designio eterno decretó la muerte de Jesús (Lc 24,26; Jn 19,7.14-16): Tales expresiones, válidas en sí mismas como luego veremos, acaban por justificar un dolorismo nefasto y por perpetuar la cruz de los ejecutados.

La muerte y la cruz no son directamente queridas por Dios. Al contrario, son el mentís de su proyecto y del sentido de la creación.

5. Cruz y muerte, abrazadas como precio para su destrucción

Ningún profeta, individual o colectivo, conoció ni conoce la muerte natural, si denuncia las cruces injustas producidas por los agentes de pecado. La iglesia de Medellín y Puebla, al denunciar como antievangélica la pobreza de millones de latinoamericanos, reconoce serenamente la persecución de las clases dirigentes y de los propios estados de "seguridad nacional".

Cuando análisis más, precisos de las causas del subdesarrollo apuntan a los mecanismos de explotación y se buscan proyectos alternativos al capitalismo periférico y elitista vigente, caen implacables las acusaciones de marxismo y de subversión contra quienes

se unen a los pobres en el camino de búsqueda. Su salario es la persecución, la muerte o la "desaparición" por amenazar el bien común.

Hay, pues, una cruz y una muerte que son fruto del empeño de descargar las espaldas de los crucificados o de limitar, al menos, la matanza de inocentes.

Este tipo de cruces son un auténtico crimen. Y los gritos de los condenados llegan al corazón de Dios (Lc 11,50). Sufrir y morir de esta forma es digno y honroso y la bienaventuranza de las persecuciones se refiere a estas gentes (Mt 5,10).

F. Kafka, con motivo del encarcelamiento de Gandhi en 1922, escribió estas palabras significativas: "Es evidente que desde ahora el movimiento de Gandhi vencerá... Sin mártires cualquier movimiento degenera en contubernio de intereses de personas que especulan con su éxito. El río deviene charco, en que se pudren todas las ideas de futuro. Pues las ideas, como todo lo que en este mundo tiene un valor supranacional, sólo viven de sacrificios personales".

La cruz y el asesinato de Jesús deben entenderse como consecuencia de un mensaje y una práctica históricas de liberación que incomodaron a los poderes religiosos, políticos y sociales de su tiempo. Jesús fue sometido a un doble proceso: religioso, por blasfemia, y político como subversivo. Ante este rechazo Jesús no podía más que aceptar la persecución y la muerte, cosa que confirman los textos evangélicos: "tenía que morir" (Jn 19,7.14-16); "era necesario que padeciera" (Lc 24,26). Pero se trata de una necesidad histórica, no trascendente ni de un designio extraño de Dios, si quería seguir siendo fiel al Padre, a sí mismo y a los hombres en quienes había suscitado la esperanza del reino.

Dios no quiere la muerte de Jesús, porque es Dios de vida, pero sí quiere su fidelidad extrema. Sólo indirectamente admite la muerte en cuanto es expresión de fidelidad radical, de coherencia personal y de fe en la justicia y en la dignidad de su causa.

Los cantos del siervo de Yahvé del AT, que iluminaron probablemente el camino de Jesús, manifiestan esta dialéctica mortal de que quien viene a traer la justicia es aplastado por la saña de los injustos.

La predicación de la cruz y la muerte ha de subrayar que quienes desean proclamar el proyecto amoroso del Padre y orientar su vida según los principios evangélicos han de saber que compartirán el destino del justo sufriente. Los insensibles a la voz de la justicia, los satisfechos, usarán la violencia contra los constructores de relaciones sociales más justas. El bautismo cristiano como participación en la muerte del Señor (Rm 6,3-4) no es una metáfora sino una realidad brutal. El Reino se abre paso en lucha frontal contra el antiReino.

Hay, pues, que evitar anunciar la cruz y la muerte como realidades fatales o como un juego suprahistórico entre Dios y el maligno, marginando las responsabilidades reales de los judíos, de los fariseos, de Judas y de las autoridades que instruyeron el doble proceso. Las palabras bíblicas sobre la necesidad de que el hijo del hombre padeciese y fuese rechazado (Mc 9,31) hay que entenderlas en el marco de las necesidades históricas y del conflicto que provoca el mensaje y la práctica de Jesús. Hay momentos en que sólo el martirio hace honor a la propia vida y a la fidelidad a la causa de Dios.

6. Cruz y muerte, soportadas en favor de quienes las producen

Caben diversas actitudes ante el sufrimiento o la cruz.

La primera es la *rebeldía*. Puede expresar un último resto 'de dignidad humana que se resiste a ser mancillada y prefiere una muerte honesta a una vida infamante. Muchos son arrastrados hasta este extremo pero los responsables máximos son quienes les han arrinconado hasta ahí. Sin embargo la rebeldía no vence a la cruz; sucumbe ante ella.

Otra actitud es la *resignación*. Acepta con amargura lo que no puede evitar y aunque pueda conservar una cierta soberanía interior es derrotada por la cruz que lacera su existencia. El resignado no tiene ni el coraje del rebelde ni la paciencia de Job; sólo sobrevive a la derrota, pero la cruz triunfa una vez más.

La *asunción* de la cruz y la muerte es la única actitud verdaderamente digna y enriquecedora. Muerte y cruz no dejan de ser impuestas e inevitables, pero no se les deja la última palabra. Es posible acogerlas con espíritu de amor y comunión con quien las produce. No se trata de un refinado masoquismo o de una venganza disfrazada porque es el amor y no el rencor lo que sustenta esta conducta. Se apoya en la firme convicción de que sólo el amor es capaz de dar sentido a la vida y de establecer la armonía de la creación incluso con aquellos que la rompen con su pecado, sus crímenes y sus cruces. El amor es más fuerte que ningún pecado histórico. Al perdonar y asumir libremente las cruces impuestas se instaura una reconciliación histórica que engloba, incluso, a los enemigos.

En esta concepción la cruz y la muerte son realidades repugnantes que se aceptan por amor al enemigo. Es magnífica expresión de fe que busca el bien por el bien, sin atender a compensaciones y supera los niveles psicológicos, pietistas e incluso edificantes. En vez de la reacción rebelde se opta por la estructura que produce vida, perdón y acogida más allá de cualquier ruptura introducida por el pecado. Los textos del siervo sufriente de Isaías son testimonio de esta dimensión de perfecta libertad (Is 53,3-12).

También Jesús vivió radicalmente esta actitud. No buscó la muerte, sino el Reino y la conversión de los hombres. Cuando se la impusieron ni se rebeló (1 P 2,23) ni se resignó (1 P 2,24), la aceptó serenamente (Jn 10,18). Propiamente lo redentor en Jesús no fue la cruz, ni la sangre, ni la muerte, sino su actitud de amor y perdón derramados a lo largo de toda su vida. La muerte ratificaba este servicio (Lc 22,27) y este amor hasta el extremo (Jn 13,1).

En esta perspectiva predicar la cruz y la muerte es convencer a las personas de su capacidad de amar a costa incluso de los mayores sacrificios. Importa evitar la imposición moralista que ignora u olvida el valor humano de percibir la bondad de una causa. Así no se legitiman ni la cruz ni la muerte; son crímenes abominables, pero no se encierran a un posible significado positivo recluyéndose en su sin sentido. La libertad invierte su dinámica: al asumirlos la víctima, el criminal se encuentra con los brazos abiertos de la reconciliación y el perdón y se despeja una senda más allá de la injusticia.

7. Cruz y muerte, asumidas en solidaridad con los crucificados de la historia

Hay una última forma de conferir sentido a la cruz y a la muerte: unir solidariamente el propio destino, no amenazado, al de los perseguidos y crucificados de nuestra historia. Son millares los cristianos y no cristianos que abrazan cruces en este intento y mueren, aún antes de fenecer, en la selva amazónica, en las leproserías, en los suburbios de favelas. El sufrimiento no es bueno para nadie; la cruz mata. Pero hay grandeza humana y religiosa en este gesto solidario. La opción preferencial por los pobres se inscribe en este marco: quien no es pobre se sitúa junto a ellos en la dirección de la justicia y la fraternidad.

El siervo sufriente no dejó de contemplar esta perspectiva (Is 53,4 y 53,11). La encarnación de Dios como cumplimiento inesperado de la alianza revela su afecto hacia la humanidad pervertida. Dios hace propia esta antirealidad que es el pecado y sus consecuencias trágicas y la aume por pura gratuidad (Rm 5, 10.15) haciéndose crucificado con los crucificados y maldito con los malditos. Sin eliminar las causas históricas de la muerte de Jesús, es cierto que el Hijo aceptó la condena como solidaridad con los condenados en testimonio de un amor más fuerte que cualquier odio de la historia. Y no por una simpatía momentánea o puntual, sino que el juez supremo se hace definitivamente hambriento con los hambrientos, desnudo con los desnudos y prisionero con los prisioneros (Mt 25,31-46).

Esta solidaridad implica reciprocidad. Y el seguimiento de Jesús como forma más plena de vivir el cristianismo halla ahí su fundamento. Los sufrientes se unen a quien más sufre, Cristo Jesús. Los Cristos dolientes de la piedad popular muestran la solidaridad y la reciprocidad: por una parte, Cristo se identifica con los condenados; por otra, el pueblo sufriente se ve representado en Cristo crucificado y muerto. El pueblo marginado puede ser entendido como la prolongación del siervo sufriente cuya pasión inicia reclama redención. Y en la medida en que este pueblo asume su pasión, no por su valor, sino por amor a Cristo que también padeció, se transforma en el siervo sufriente histórico en el que Cristo sigue penando hasta el fin de la historia del anti-Reino.

En este aspecto predicar la cruz y la muerte significa convocar a los hombres a este amor solidario con los sufrientes para combatir los mecanismos productores de cruces.

8. Cruz y muerte, como lugar y momento de resurrección y de victoria sobre ellas

Teológicamente la resurrección no ha de entenderse como la irrupción de una vida que sucede a la muerte. En realidad la opción de asumir serenamente la temporalidad, de compartir la suerte de los condenados, de abrazar las consecuencias de la lucha contra el mal y de mantener la comunión del perdón con los verdugos, tienen tal calidad de vida que la muerte no es capaz de eliminarla. Con razón el evangelista Juan ve la "hora" de Jesús tanto en la cruz como en la resurrección. El momento en que Jesús se vacía de sí y se entrega confiadamente al Padre, es el de la plena culminación de su vida. La resurrección desvela el sentido oculto de una vida entregada por los demás y la engendra en su expresión suprema.

Juan lo insinúa con una frase de pretendida ambigüedad: Jesús "inclinando la cabeza, entregó el espíritu" (Jn 19,30), es decir, muere y entrega el Espíritu, o sea, la fuente de

la auténtica vida que es el Espíritu Santo. De esta manera muerte y cruz se desdramatizan totalmente y se transforman en manantial de la redención y del hombre nuevo.

Tradujo y condensó: JOSE M.^a ROCAFIGUERA